

Isabel Lleras de Ospina

Éscribe: CARLOS RESTREPO CANAL

Acontecimiento de dolorosa trascendencia para la intelectualidad y para la cultura de un pueblo es siempre la desaparición de un poeta, de un intérprete de sus sentimientos más delicados y profundos, de un cantor de sus más caras tradiciones, de un espíritu que hizo vibrar con vehemencia el alma nacional.

Las letras colombianas acaban de perder con la muerte de Isabel Lleras de Ospina una inspirada y noble poetisa, que expresó con estro lírico, al par de los grandes en Colombia, las íntimas emociones de nuestro espíritu.

Dos cualidades eminentes, entre las muchas que poseía, distinguieron, de manera especialísima, a Isabel como figura eminente de las letras, la alteza de su inspiración y el señorío de su personalidad, que era reflejo de la nobleza y claridad de su espíritu. Contribuía a aquilatar las excelencias de su poesía la elegante belleza de la forma literaria y la cadencia admirable de su verso.

Todo ello constituye un conjunto armónico de sensibilidad poética, lírica siempre, pero delicadamente animada también en algunos casos del numen heroico, y siempre de señalado gusto y pasión estéticas.

Perteneció en su primera juventud Isabel a uno de aquellos círculos literarios que si bien suelen tener vida efímera contribuyen a formar y disciplinar a quienes comienzan a brillar en el campo de las letras. Fue este círculo o tertulia literaria, el Centro Pombo, del cual fue alma Isabel, y en el que ella sobresalía por su gusto y talento.

Desde esas primeras manifestaciones de su espontánea inspiración se advirtieron en Isabel los dones de escritora, y de poetisa, sobre todo, que poseía, y que se mostraron con mayor brillantez cuando apareció, en 1935, su libro de *Sonetos*, precedido de un elogioso prólogo de don Antonio Gómez Restrepo, en el que el insigne escritor y crítico presentaba a la poetisa que con sus preciosas dotes artísticas y con tan valiosa colección de poesías llegaba a enriquecer las letras nacionales.

Decía el señor Gómez Restrepo que cuando Isabel había escrito sus primeros sonetos no había pensado en la futura colección de ellos. "Los

escribió —decía— sin presunción ninguna; fueron aplaudidos; y ella siguió componiendo otros nuevos, no por oficio, sino cuando alguna circunstancia propia ha despertado su inspiración.

Y así acaeció en los subsiguientes años, en los que la musa de Isabel conmovió su alma e hizo brotar, cada vez más rica su vena poética. Con toda razón el prologuista de su libro de sonetos hizo cálido elogio de su belleza espiritual y a la vez de su belleza física, la que al crítico y también inspirado poeta, le llevaba a la imaginación la figura de Matilde, heroína de los sentidos cantos de Henrique Hein; aunque Isabel, como lo expresó bellamente en su soneto *Ambición*, y sin duda como tema literario únicamente, “hubiera querido ser morena”, y tener una “melena, como la noche y como el cuervo oscura”, en vez de los “cabellos como la mies madura”.

“Como la hizo Dios está muy bien”, decía al comentar estos versos el señor Gómez Restrepo, y agregaba que, aunque Isabel, como la bella francesa, heroína de *El tren expreso* de Campoamor, era digna de ser morena y sevillana, su belleza rubia armonizaba muy bien “con el fondo romántico y soñador de su carácter y de sus versos”. Y así era la verdad, puesto que ese “cabello como la mies madura” y esas “pupilas azules y tranquilas”, como Isabel misma dijo en el soneto mencionado, hicieron de ella un hermosísimo tipo romántico y distinguidísimo de belleza femenina.

Unía Isabel a todo este conjunto de dones sobresalientes con que Dios la había dotado una ardorosa fe y un delicado y aun tierno sentimiento de los misterios de esa misma fe religiosa, que elevaba algunas veces su inspiración a tan encumbrada altura que llegaba a los linderos de la mística, como acontece en el soneto que lleva por título *Jesucristo*, o en el que dedicó a la *Eucaristía*, uno de los mejores que en su género tienen las letras colombianas.

Pero la inspiración de Isabel era variadísima y en todos los diversos temas que trató en sus poesías mostraba la misma brillantez, sinceridad y elevación de sentimiento. Los afectos patrióticos, los de familia, los que la llevaban a expresar su adhesión a la tradición fueron objeto de su inspirada pluma. Y cosa singular, en sus versos no se halla jamás ni el más leve rasgo de ese erotismo desembozado tan frecuente en la poesía femenina de nuestro tiempo, que hace pensar que se han trocado los papeles y que no son, como antaño, los trovadores los que prorrumpen en canciones amorosas al pie de las rejas, sino que es la musa femenina la que festeja la bizarría masculina, como lo insinuó el autorizado crítico y prologuista antes citado, don Antonio Gómez Restrepo.

Cuando la Academia Colombiana de la Lengua quiso festejar con un romancero la fecha cuatro veces centenaria de nuestra Santa Fe de Bogotá y convocó a los poetas a un concurso en que se había de premiar el mejor *Romancero histórico de la ciudad*, Isabel Lleras presentó un hermoso conjunto de romances de tan tradicionalista lírica y heroica inspiración y de tan sonoros y hemosos octosílabos, que, como no podía menos de suceder, el juicio y acuerdo acertadísimo y unánime de la corporación académica le adjudicó el premio y el honor de constituirla con ello en cantora épica de la ciudad de Jiménez de Quesada.

Estos romances, de cálida inspiración, en los que supo Isabel reunir el lirismo con la tradición y la historia, constituyeron en 1938 un manto y una corona ideal de esplendente belleza poética para Bogotá. No es exagerado decir que en ellos revive, aunque con el carácter peculiar y originalísimo de la autora, la musa romántica de Zorrilla, de Espronceda o del Duque de Rivas.

En 1952 apareció otro hermoso libro de poemas de Isabel Lleras de Ospina, titulado *Lejanías*, e ilustrado con suaves dibujos de flores, debidos al lápiz de Henri Mondor, individuo de la Academia Francesa, que contribuyeron a realzar la selecta presentación de la obra. La edición pulcra y hermosa correspondió al buen gusto de la autora.

En *Lejanías* no abandonó Isabel el que parecía ser su género preferido, el soneto, para el que tanta maestría demostraba; acertó a encerrar siempre en tan breve espacio poético un gran pensamiento, expresado con majestuoso pórtico y cerrado con no menor elegancia y sonoridad. En todos los sonetos de Isabel aparecía esta magnífica cualidad de numen y de estro poético que sabía infundirles la autora, ora en lo grandilocuente, ora en lo sencillo y sereno. Los temas de *Lejanías* armonizan con los del primer conjunto de sonetos al expresar los afectos íntimos, las bellezas del paisaje, la elegancia y la tradición; las cualidades, cada vez más depuradas, son las mismas, más no solo se hallan en este segundo conjunto de sonetos los endecasílabos y los alejandrinos, sino que los compuso también en versos cortos, no menos elegantes y hermosos. La Academia Colombiana en su reciente antología de *Poemas de Colombia*, incluyó uno de los sonetos de *Lejanías*, el dedicado a *Carolina*, expresión del más ardiente, profundo y delicado amor maternal, en donde Isabel rebotó en expresiones que muestran qué tan intenso fue ese afecto:

*“Vivo para escucharte y para verte,
para enseñarte y para comprenderte,
vivo para seguirte y para guiarte*

*con un afán inmenso de quererte,
con un temor perenne de perderte,
con un constante anhelo de besarte”.*

Pero en *Lejanías* se hallan ya composiciones en otros metros y en otros géneros de combinaciones de versos con cierto carácter nuevo; estrofas en que el sentimiento poético se muestra en forma más sencilla, sutil y sugestiva pero no menos intensa. Las composiciones destinadas a expresar la emoción suscitada por las ciudades visitadas por Isabel en Europa, constituyen en este libro preciosos poemas que tienen un encanto especial, así como también la composición dedicada a Medellín, patria chica de sus mayores y ciudad a la que, después de su matrimonio, consideró tan suya como Bogotá.

La gracia y la bizarría de España; la belleza de Italia y la seducción de Francia se expresan allí con las cálidas voces y con la sensibili-

dad estética de un espíritu que ha sabido gustar de la belleza y de la historia que encierran aquellas naciones que son cuna y tesoro de nuestra ilustre y amada civilización occidental y cristiana.

Los sentimientos religiosos de Isabel se muestran no menos vivos y profundos en estos poemas, y singularmente en el titulado *Asís*, ciudad en donde le parecía adivinar, entre el cielo y la tierra suspendidas, las figuras de San Francisco y Santa Clara, en aquellos lugares donde se llega a pensar que no ha pasado el siglo XIII.

El afecto de Isabel por estos dos santos quedó además expresado en el nombre de Umbría que dio a su casa, y en la hermosa capilla, dedicada a los dos santos de Asís. Allí puso ella todo el esmero de su gusto artístico y de su alma de poeta.

El último libro de Isabel Lleras de Ospina apareció en agosto de 1963, dedicado a su hija Carolina, a la que amó con la intensidad con que lo dicen las estrofas anteriormente transcritas, e ilustrado con una portada romántica, obra de Gonzalo Ariza, que habla de las nieblas de la sabana de Bogotá. Lo tituló *Más allá del paisaje*.

En este nuevo conjunto de poemas se advierte un cambio de estilo poético en Isabel, pues se alejó a veces de la forma clásica y de los romances y se acercó a la manera nueva y al simbolismo de la poesía moderna, pero sin rayar jamás en los extremos ni en las extravagancias de las novísimas escuelas. Más semejanza se halla en esta postrera forma de la poesía de Isabel con la de Valencia, Silva, Antonio Machado o Juan Ramón, pero sin que por ello deje de ser original y personalísima suya.

Empero lo singular de este su postrer libro de poemas es el dejo profundamente melancólico que en él se advierte, cual un presentimiento de su cercana desaparición. Todo el sentimiento de tristeza de estos poemas de tan delicada inspiración parece concentrarse en esta endecha:

*Hay una pena en el aire,
yo siento que es para mí;
hace un momento la vi
en las manos de la tarde.*

Como prosista poseyó Isabel un estilo propio, elegante y ágil, denso de ideas y a la vez limpio de amaneramientos. Su expresión fue siempre castiza y nítida, a veces vivaz y combativa. Así, pues, si Isabel se señaló por la excelencia de su poesía, no valía menos como escritora en prosa y como expositora amenísima de diversos y variados temas. Así lo demostró en disertaciones y conferencias, recogidas muchas de ellas en el libro *Estampas arbitrarias*, que fue publicado en 1960, y donde se hallan estudios de crítica literaria y artística, entre los que encontramos de mayor atractivo el dedicado a Asís, a San Francisco y a Santa Clara y acaso el destinado a comentar la poesía que contienen las páginas del Quijote; pero difícil es en el libro determinar cuál es la conferencia más amena, si aquella donde habló de los jardines de España, de Italia y de Francia, o donde analizó la personalidad de Simonetta Cattaneo, o aquellas en que

trató de María Bashkirtseff y de Teresa de la Parra, con juicio crítico, certero y comprensivo, o donde disertó sobre la pintura impresionista, y demostró cuán claro y comprensivo era su criterio estético.

Cuando Isabel Lleras de Ospina fundó el Museo Romántico de Yerbabuena, museo que ella dirigió con tanto acierto y que enriqueció con interesantes objetos y sobre todo con autógrafos de escritores colombianos, principalmente de poetas, fue dado a los asistentes escuchar la agilidad y gracia de su palabra, así como apreciar la abundancia de sus conocimientos literarios y estimar sus dotes de organizadora de obras culturales. La serie de conferencias que en el Museo Romántico pronunciaron distinguidos hombres de letras y la selecta concurrencia que acudía a escucharlas han dejado grata y brillante memoria, a la que se une el recuerdo de la gracia con que Isabel presentaba al conferenciante de turno.

Bien quisiéramos que estas líneas tuvieran la autoridad crítica que tienen las del prologuista del primer libro de poesías de Isabel para que contribuyeran a reafirmar los méritos literarios de la poetisa, ante cuya prematura desaparición se apresuró el sentimiento general de admiración y de simpatía a mostrar cuán hondamente ha conmovido las fibras afectivas de la ciudad la muerte de la cantora de Santa Fe de Bogotá, de su espiritualidad y de sus arraigadas y caras tradiciones.